

"que no podía haber paz entre los católicos y los herejes; que tanto valdría transigir entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error.", "El que no haya ni fe ni juramento, exclamaba otro obispo, obligatorios para con los luteranos es un castigo que merece la herejía; no hay tratado posible con ellos, como no hay comercio lícito con los infieles. ¿Cómo había de ser obligatoria la paz, cuando la paz es un crimen?"

En el siglo XVII, la doctrina seguía siendo la misma; el catolicismo es, en efecto, inmutable. Oigamos á un profesor de teología en Maguncia: "La paz de religion, que permite á cada uno ser católico, luterano ó calvinista, es absolutamente nula, porque es contraria á la ley de Dios; puede á lo más tolerársela provisionalmente y para evitar un mal mayor.", En 1629 pareció un tratado *ex profeso* sobre la paz de Augsburgo con la aprobacion de una facultad de derecho; y en él se enseñaba que toda transaccion entre los católicos y los herejes era radicalmente nula. Y la demostracion se desarrollaba con un rigor jurídico: "Tolerar la herejía es una injuria hecha á Dios; si la necesidad reclama la tolerancia por algun tiempo, no puede legitimar las convenciones por las cuales se obligue el catolicismo á mantenerla, porque todo pacto que tiene por objeto un delito es nulo; no hay necesidad que excuse semejantes concesiones. ¿Hay acaso mayor mal que la herejía? Ningun poder humano puede revalidar un tratado que en su esencia está viciado de nulidad absoluta.", Tambien intervinieron los jesuitas en el debate; y más acomodaticios que los canonistas, aprobaron la paz de religion; pero se puede asegurar que cuando aquéllos hacen una concesion, hay algun fraude encubierto; el reverendo Rivadeneira le confesó ingenuamente: "Si los católicos, dijo transigen, alguna vez con los herejes, es únicamente por ganar tiempo y para reunir fuerzas suficientes con que anonádarles más adelante.", El sagaz jesuita llama á esa doblez una *disimulacion cristiana* (1).

Hé ahí la moralidad política de aquellos que pretenden ser poseedores de la verdad revelada; llegan á legitimar el fraude y el perjurio, y no sospechan siquiera que lo que les extravía es su pre-

(1) Véanse las pruebas en la obra *Deploratio pacis germanica, sive Disertatio de pace pragensi*, Paris, 1636, página 7 y siguientes.

tendida revelacion. Convencidos de que Dios habla por órgano de los libros sagrados y que ellos son los representantes de Dios en la tierra, van fatalmente arrastrados á sostener por todos los medios aquel instituto divino. ¿Qué pueden valer los empeños contraídos con los hombres en presencia de los mandamientos de Dios? ¿Y qué se puede responder á fanáticos que con la Santa Escritura en la mano proclaman que la idolatría debe ser extirpada? ¿Puede haber tolerancia legítima con lo que es contrario á la palabra divina? La lógica está indudablemente á favor del fanatismo, del perjurio, y, en caso necesario, de la disimulacion cristiana. Y no se detiene ahí el extravío de aquellos que buscan una regla de conducta en los pretendidos libros sagrados, donde respiran los sentimientos estrechos de una raza que se creía la raza elegida. Tambien hay lecciones de sangre en la Biblia; y si la Biblia es la palabra de Dios, ¿por qué no creerse autorizado para cometer el asesinato? Hé ahí lo que se dijeron los fanáticos en los siglos XVI y XVII, y en su consecuencia procedieron. Hay más: el asesinato religioso llegó á ser una doctrina, doctrina irrefragable, puesto que se apoyaba en la revelacion (a).

§ II.—Las guerras de religion.

N.º 1.º—El asesinato religioso.

I.

Los asesinatos religiosos de los siglos XVI y XVII no son lo que hay más aflictivo para la humanidad; el crimen ha nacido con el hombre y no desaparecerá más que con él. Pero que el crimen se erija en doctrina, que el asesinato sea san-

(a) Pero los fanáticos y los políticos y los ambiciosos son otra cosa muy distinta de las doctrinas religiosas, y, sobre todo, de la circunstancia, esencial ó accidental (como quiera Laurent), de ser reveladas. Toda religion supone fe en el que la profesa. Pero la cuestion no está en si esa fe procede de la revelacion ó de la doctrina ó de ambas cosas, no; las consecuencias que Laurent pretende deducir no podrían desprenderse de aquello, fuese cualquiera la decision; esas consecuencias sólo pueden deducirse de las doctrinas mismas, de las doctrinas solamente. Pues bien, el que la doctrina del Crucificado haya sufrido interpretaciones farisaicas, torcidas, erróneas, contrarias á su espíritu, debido á causas y motivos de índole diversa, nada arguye, nada puede arguir contra la doctrina en sí misma. Por consiguiente, las aspiraciones de la Iglesia, las pretensiones del papado, la intolerancia, las guerras, las abominaciones, las hogueras, efectos necesarios de aquellas torcidas interpretaciones y aplicaciones, nada dicen, nada pueden decir contra la doctrina de amor, de caridad, de paz y de vida que entraña el Evangelio.—(N. del T.)

tificado, que se enseñe en nombre de Dios y apoyándose en su palabra, es uno de los más tristes extravíos de la debilidad humana. Sin embargo, si se admite que la Sagrada Escritura es la ley suprema, el error no solamente se hace excusable, sino que se hace fatal, eterno, y puede reproducirse mañana con su acompañamiento de sangre, como se produjo en los siglos XVI y XVII. Un doctor de la Sorbona há escrito la apología de *Châtel*, uno de esos infelices alucinados por la pretendida palabra de Dios. *Boucher*, el famoso miembro de la liga, va á decirnos por qué camino llega al asesinato el celo religioso: "La ley prohíbe el homicidio, dice; y entónces, ¿qué justicia hay en atacar á la vida de un rey, aunque sea un tirano? Yo preguntaré entónces, responde *Boucher*: ¿por qué es elogiado *Phineas* y aprobado por Dios, cuando con un solo golpe atravesó al liviano Israelita y á la lasciva Marionita? ¿Por qué es aprobado *Aod*, que mata al tirano *Eglon*, rey de los Moabitas, hundiéndole la daga en el vientre? ¿Por qué es aprobado *Elías*, que mata á los falsos profetas? ¿Por qué es elogiado *Matatías*, que mata al Hebreo idólatra? ¿Por qué es aplaudida *Judith*, que mata á Holofernes? ¿Por qué es elogiado *Jahel*, que mata á Sisara metiéndole un clavo en la cabeza? ¿Por qué están canonizadas tales acciones y públicamente aplaudidas por la Iglesia, si no hay dispensa de la regla que prohíbe el matar?", *Boucher* dice que la dispensa existe tratándose de cierta clase de personas, los herejes y los tiranos. "Respecto á los primeros, la Escritura dice: *Aquel que no quiera obedecer al sacerdote, que muera por decreto del juez.*", Segun él, el que desobedece al sacerdote debe ser tenido por hereje. Igualmente manda en otra parte la Escritura matar á los Cananeos, Jeuseos y Amalecitas, y David dice: "Yo mataré desde la mañana á todos los pecadores de la tierra, para exterminar de la ciudad de Dios á todos los que obran iniquidad. Y cuenta que el que perdona á uno solo su vida responderá de la de aquél, como se vió en Saul por perdonar á Agag, rey de Amalec... Y sabido es que todos aquéllos estaban en la categoría de herejes.", *Boucher* no tiene más que un escrúpulo: ¿debe hacerse eso por medio de la autoridad del magistrado? ¿No es así como deben entenderse los pasajes de la Escritura? Y responde que así es, en verdad, cuando hay medio de hacerlo; pero que si la necesidad pública lo exige,

el camino está abierto para todos. Y los sagrados textos no faltan á nuestro doctor en asesinato: "Dios dice en la Escritura: Si tu padre, ó tu hijo ó tu hija, ó tu mujer que está en tus brazos, ó tu prójimo que es como tu alma, te quiere incitar, diciéndote en secreto: vamos y sirvamos á los otros dioses á quienes tú ni tus padres habeis conocido, no le perdones ni tengas piedad de él, ni lo escondas; mátales inmediatamente, y sea tu mano la primera á darle muerte. Segun ese precepto, los ejemplos ántes citados de *Phineas*, de *Aod*, de *Elías*, de *Matatías*, de *Judith* y de *Jahel* no siguieron la forma jurídica, sino que aprovecharon la primera ocasion que se les presentó", (1).

Hé ahí las autoridades funestas que condujeron á los fanáticos al asesinato. Y no hay que engañarse ni que buscar rodeos; la culpa es de la revelacion, es la Sagrada Escritura la que armó á los asesinos. En vano se dirá que los desgraciados que se creían autorizados por la palabra de Dios para matar á sus reyes estaban engañados, y que interpretaban mal los sagrados textos; nosotros contestaremos que en el siglo XVI no había otra interpretacion; católicos y protestantes, todas las sectas cristianas estaban de acuerdo; el asesinato era profesado por los teólogos, predicado en las cátedras de la verdad, y la conciencia cristiana era cómplice de los asesinos, sin que se nos haya demostrado que estuviese en un error bajo el punto de vista de la Escritura. Basta para condenar los libros sagrados que el asesinato religioso esté en ellos presentado como precepto de Dios. No diremos con *Voltaire* "que si Dios pedía sangre en el Antiguo Testamento no se podía obedecer aquella orden sino cuando el mismo Dios bajaba del cielo para dictar por sí mismo, de una manera clara y precisa, sus decretos sobre la vida de los hombres, de que era dueño", (2). El gran incrédulo no dice todo su pensamiento: Dios no ha descendido jamás del cielo para ordenar el asesinato. Esa nocion de la divinidad es buena para un pueblo bárbaro, y no ha podido formarse más que en el seno de la barbarie. Pero ¿se comprende que quieran imponerse al siglo XIX las ideas falsas de una raza bárbara, porque la pareciese bien llamarse pueblo de Dios, y que sus Escrituras sean libros sagrados

(1) *Apología de J. Châtel*, c. XI y XII, (*Memorias de Condé*, título VI, parte III).

(2) *VOLTAIRE, Ensayo sobre las costumbres*, c. CXLIV.

para el cristianismo? El hombre tiene una regla más segura, es la voz de su conciencia, la cual no le predicará jamás el asesinato, ni le mandará jamás el fraude, ni santificará nunca el crimen.

II.

Los protestantes profesan más profundo respeto que los católicos á los libros sagrados; es la única autoridad que reconocen. Voltaire observa, y con razón, que fueron sectarios protestantes los que tomaron la iniciativa del asesinato religioso. Tan luego como una letra muerta viene á convertirse en ley suprema, y que es lícito á cada uno interpretar los textos á su manera, el error es necesario y fatal. El duque Francisco de Guisa era el adversario más temible de los hugonotes; después de la horrible carnicería de Vassy persiguieron éstos al asesino de su hermano con un odio implacable; y más de un sectario, perturbado con la lectura de los libros santos, se creyó llamado á desempeñar el papel de Jahel ó de Aod. Un joven gentilhomme, *Poltrót de Meré*, se jactaba continuamente de que el tirano no moriría más que á sus manos; penetró como un traidor en el campo católico, y mató al duque, después de haber hecho oración y pedir á Dios que cambiara su voluntad si le era desagradable lo que quería hacer, y si no que le diese fuerza y constancia.

Hé ahí el primer asesinato religioso que ensangrentó las guerras de religión en Francia. ¿Fue obra de un fanático ó crimen de un partido? Se ha acusado de complicidad á Colligny, pero sin razón; no hubo más complicidad que la moral, y ésta no recae únicamente sobre el jefe de los hugonotes, sino sobre toda la secta, ó, mejor dicho, sobre todas las sectas cristianas. Oigamos la declaración de Colligny: "Había sabido, dice, ántes de los últimos tumultos, que habían deliberado matar al duque de Guisa; pero estaba tan distante de haberlos inducido ni haberlos aprobado, que, por el contrario, los había apartado de la idea, como podía decirlo la misma madama de Guisa, la cual había sido advertida en tiempo y lugar oportunos. Verdad es que desde el acontecimiento de Vassy, y después de haber tomado las armas para defender á los pobres oprimidos por las violencias del duque de Guisa y de sus partidarios, los había perseguido como enemigos públicos; pero no se hallará

quien diga que ha aprobado el que se atentase en modo alguno contra su honor y sus personas, no obstante que había sido oportunamente advertido de que el duque de Guisa y el mariscal de San Andres habían invitado á ciertas personas para que dieran muerte al príncipe de Condé, á él y al señor de Andelot, su hermano. Confiesa que después de saber eso, cuando oyó decir á alguno que, si podía, mataría al duque de Guisa en su propio campo, ya no trató de disuadirlo. Y Colligny concluye declarando "que lo que decía no era porque sintiese la muerte del duque, creyendo que era el mayor bien que había podido sobrevenir á la Francia y á la Iglesia de Dios." (1). La explicación es franca, y se puede creer al ilustre guerrero bajo su palabra. Triste testimonio de la moralidad del siglo XVI. *Pasquier* dice de su defensa: "No declara haber consentido en aquella muerte, pero se defiende con tal frialdad, que los que bien le quieren desearían, ó que hubiese callado, ó que se hubiese defendido mejor." (2).

Pasquier tiene razón; pero en vez de dirigirse á Colligny debería acusar á todos los protestantes; y ¿qué digo? á los católicos lo mismo que á los protestantes. Teodoro de Beza, el fiel discípulo de Calvino, no era una inteligencia vulgar ni un fanático; y no vaciló, sin embargo, en decir que en la muerte del duque de Guisa "veía un justo juicio de Dios, que amenazaba con igual ó mayor castigo á todos los declarados enemigos de su santo Evangelio." (3). Bien se puede, en rigor, ver la mano de Dios en un crimen, sin aprobarle; pero Beza fue más lejos: justificó al asesino y le otorgó la recompensa celeste, la corona del justo (4). Si los jefes del calvinismo aprobaron á *Poltrót*, fácilmente se concibe la admiración que debió excitar en el común de los fieles. Los ministros hugonotes le compararon, unos á Judith, otros á David (5). Entre aquellos glorificadores del crimen encontró medio de distinguirse Epifanio, que ántes había sido obispo de Nevers: "El hecho de *Poltrót*, dice, difiere poco del de Moisés, que, al verse en el deber de libertar á su pueblo, obedeciendo al precepto y voluntad de Dios, dió muerte al Egipcio." El fo-

(1) TH. DE BEZA. *Hist. eclesiástica*, t. II, p. 296.—MARTIN *Hist. de Francia*, t. IX, p. 151 y siguientes.

(2) ETIENNE PASQUIER, *Cartas*, IV, 21.

(3) DE BEZA, *Hist. eclesiástica*, t. II, p. 298.

(4) LABITTE, *Los predicadores de la Liga*, p. 41.

(5) LABITTE, *Los predicadores de la Liga*, p. LII y 15.

goso obispo hace del asesinato un derecho de guerra. Poco importa que el asesino haya usado de astucia y de disimulaciones; nuestro teólogo responde con San Agustín que es permitido el fraude contra el enemigo. Y la Sagrada Escritura viene, como siempre, á justificar todos los horrores: "Aod fingió hacer un presente á Eglon, rey de los Moabitas, y quererle decir aparte un secreto, y así le dio muerte y libró al pueblo de Dios de aquel opresor." (1). Los ministros hugonotes no se contentaron con ensalzar el asesinato realizado; llegaron en seguida á predicar que era preciso concluir con la reina madre, Catalina de Médicis, y con toda su camarilla; que era necesario extinguir la raza de los Valois y no dejar un retoño de aquel maldito tronco. Por último, el ministro Sureau, convirtiendo la pasión en doctrina, publicó un tratado para probar que era cosa lícita matar al magistrado ó al príncipe perseguidores del Evangelio (2).

III.

Los católicos estaban de acuerdo con los hugonotes en la legitimidad del asesinato religioso. Y ni aún se puede decir para excusarlos que usaron de represalias, porque sus predicadores hacían del asesinato un derecho, ¿qué digo un derecho? una virtud, un acto de santidad. Cuando la insurrección de los Parisienses echó á Enrique III en brazos de los hugonotes, resonaron los pulpitos con sermones sanguinarios y excitaciones continuas al asesinato. El cura Pigenat, pronunciando la oración fúnebre de los Guisa, se paró bruscamente y preguntó á sus oyentes si entre ellos había alguno bastante celoso para vengar al gran Lorenes con la sangre del tirano que le había hecho matar. Era poner el puñal, dice un historiador, en manos de los que escuchaban al orador sagrado. Se celebró en París una procesion de más de cien mil fieles con velas encendidas en las manos y cantando: "Dios, extinguid la raza de los Valois." Hubo curas que pusieron en el altar estatuas de cera imitando á Enrique III, y durante la misa, las atravesaban muchas veces el corazón (3). Por último,

un fraile cumplió los votos de los católicos asesinando á Enrique III. Clemente consultó á su prior, "hombre científico y bien versado en la Sagrada Escritura." Hé aquí la respuesta de aquel ungido del Señor: "Dijole que adquiriría fama inmortal entre los católicos y tendría asegurada la recompensa de la vida eterna al verter con sus manos la sangre de tan furioso tirano, perseguidor de la Iglesia de Dios, y haciendo lo que habían hecho *Jehú*, *Judith* y otros que habían libertado al pueblo de Dios de los tiranos que le perseguían." Clemente tuvo su vision, lo mismo que los héroes del Antiguo Testamento: "Oyendo Dios las oraciones de su servidor, le envió en vision su angel, el cual se presentó rodeado de una gran luz á aquel religioso, y enseñándole una espada desnuda, le dijo estas palabras: "Hermano Santiago, yo soy mensajero de Dios Omnipotente que te viene á certificar que por tu mano va á sucumbir el tirano de Francia. Piensa, pues, en tí y prepárate, así como te está preparada la corona del mártir." (1).

Hé aquí cómo fué provocado el asesinato que el fanatismo había ya preparado y que aplaudieron todos cuantos tenían sangre católica en las venas. Se hallaba por aquella época, en una universidad de jesuitas, un joven príncipe destinado á desempeñar un gran papel en las luchas religiosas del siglo XVII: ese joven, que era Maximiliano de Baviera, participó á su madre la alegría que había experimentado al saber el asesinato del rey de Francia (2). El embajador de España escribió á Felipe II: "Dios Nuestro Señor se ha servido libertaros por un feliz acontecimiento que sólo á su poderosa mano puede atribuirse... Juzgue V. M. si este pueblo tiene que dar gracias á Dios por el beneficio señalado que acaba de otorgar á la religión católica, no sólo en Francia, sino en toda Europa." (3). Si la Alemania católica y la España batieron palmas, júzguese del entusiasmo frenético de la liga. En el *Diario de Enrique III* se leía: "Los predicadores gritaban al pueblo en sus sermones que aquel buen religioso que había arrostrado la muerte con tal constancia, para librar la Francia de aquel perro, Enrique de Valois, era un verdadero mártir." (4). Se le invocó como un santo y se le

(1) *Archivos curiosos de la historia de Francia*, serie 1.ª, título XII, páginas 362, 383 y siguientes.

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 172.

(3) CAPEFIGUE, *La Reforma*, t. V, p. 321.

(4) *Diario de Enrique III*, t. II, p. 211.

(1) *Memorias de Condé*, t. IV, p. 147 y siguientes.

(2) LABITTE, *Los predicadores de la Liga*, p. 41.

(3) LABITTE, *Los predicadores de la Liga*, p. 45.

puso en las letanías; se encendieron velas en las iglesias ante la estatua de Clemente, y sus retratos se colocaron hasta en los altares. Se hizo venir su madre á París, y se mostró al pueblo como una maravilla la que había llevado en su seno al libertador de la Iglesia. Un franciscano aseguró "que el alma del asesino había subido al cielo con los bienaventurados," (1) No faltaba al asesino más que una aprobación, la del papa. Sixto V dijo en pleno consistorio que el feliz suceso de la muerte de Enrique era un testimonio manifiesto del afecto de Dios al reino de Francia (2). Si hemos de creer al canónigo Anquetil, al papa se le escapó, en la primera impresión de alegría que le causó el suceso, la idea de comparar la muerte violenta de Enrique III á la Encarnación del Salvador por su utilidad, y por el heroísmo del asesino á las acciones de Judith y de Eleazar (3). ¡Qué aberración de parte de los infalibles! Pero hay aún algo más triste que los furros de los ultramontanos para el historiador filósofo; es el de que la religión misma era culpable, á lo menos la religión tal como se la comprendía en el siglo XVI. Enrique III conservó partidarios entre los católicos; éstos condenaron el crimen de Santiago Clemente, pero convenían en que el asesinato podía ser legitimado por la voluntad de Dios. Y ¿cómo habían de creer otra cosa, en presencia de la Sagrada Escritura y de los ejemplos de Judith y de Aod? Los católicos llamados políticos no disientían de los de la liga más que en la cuestión de hecho; en cuanto al derecho, estaban conformes (4).

Todavía no llegamos al término del camino de sangre por el que marchamos. El disgusto nos haría detener si no hubiera una gran enseñanza en esas saturnales religiosas, y si no fuera dirigida la lección al siglo XIX. Preténdese hoy rehabilitar á la Iglesia; se la ensalza como la fuente más pura de la civilización, y se quiere volver á llevar al mundo bajo la coyunda de aquél que se llama órgano de la verdad inmutable. Es necesario que los hombres sepan lo que hay de verdad en esa pretensión; si aquélla es inmutable, ha de ser hoy lo que era en el siglo XVI; y si entonces ha sido pre-

(1) LABITTE, *Los predicadores de la Liga*, p. 80, 83, 110.—MARTIN, *Hist. de Francia*, t. X, p. 168.
(2) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 171.
(3) ANQUETIL, *Esp. de la Liga*, t. III, p. 91.
(4) *Memorias de la Liga*, t. IV, p. 129, 140.

dicado el asesinato en todos los púlpitos, si fué aplaudido por los papas, será necesario convenir en que el asesinato religioso es legítimo, ó habrá que confesar que la Iglesia del siglo XVI, desde el último fraile hasta el soberano pontífice, estuvo en el error. Por consiguiente, ó la legitimidad del asesinato religioso ó una Iglesia que se engaña hasta el punto de justificar el asesinato: hé ahí el círculo fatal en el que está encerrada la Iglesia.

También es á la Sagrada Escritura y á la revelación á quien debe la Francia el desastre mayor que sufrió en el siglo XVII, el asesinato de Enrique IV. Después de la conversión del rey de Navarra, el homicidio fué la única esperanza de la liga, esos hijos tan queridos del papa, *los hijos de la esposa legítima*; y el homicidio fué predicado en todos los púlpitos. Un testigo ocular es el que nos refiere los sermones que él mismo había oído; y son tantos, que la elección nos causa embarazo: "Ya hemos sido librados una vez, dice un cura, por la mano de un pobre inocentuelo; yo espero que si nos mostramos dignos, Dios nos librá también de éste por la mano de algún otro hombre de bien." Los jesuitas, tan prudentes por costumbre, se extremaban en la violencia: "Necesitamos un Aod, gritaba el reverendo padre Cournolet, nos hace falta un Jehú. Sí, sí, amigos míos, nos hace falta, ya sea clérigo, ya sea soldado, aunque sea hugonote," (1). Los mismos gritos de rabia resonaban en todos los púlpitos, como si fuera una consigna (2). Y los Jehú y los Aod se encontraron.

El primer asesino de Enrique IV fué aleccionado por un capuchino, un carmelita, dos presbíteros de Lyon, el cura Aubry y el rector del colegio de jesuitas de París. En el rollo de autos formados se lee: "Habiendo Barriere declarado al cura de Aubry la intención que tenía de matar al rey, dicho cura le aseguró que estaría bien hecho y ganaría una gran gloria en el paraíso. Esa pala-

(1) *Journal de l'Estoile*, véase en PETITOT, t. XLVI, páginas 388, 480.

(2) Véase el discurso de un carmelita (Ib., p. 517): «Provocó al pueblo á deshacerse del rey, y preguntó si no habría en Francia un corazón generoso que, imitando á la buena Judith, los libertase de las manos de los Holofornes.»

Hé aquí el sermón de otro cura: después de haber elogiado al asesino de Enrique III, añadió: «Que era preciso deshacerse á todo trance de Enrique IV; que era lícito hacerlo; que era una obra santa, heroica y laudable, y preguntó si se hallaría algún hombre que quisiese ejecutarlo; por su parte, fuera él quien fuese, podía asegurarle que ganaría con ello la gloria, y ocuparía el más próximo lugar cerca de Dios, (Ib., p. 622.)

bra le fortaleció y animó mucho para continuar en su resolución; y como no era hombre de letras, se dejó persuadir y seducir por los referidos eclesiásticos y doctores en teología; y al preguntar al expresado cura cuando iba á misa si no sería pecado matar al rey, aquél le aseguró que no, porque él creía ó temía que el rey conservaba siempre su mala voluntad á la religión católica., De esta manera, una simple sospecha, el temor de que un príncipe sea poco afecto al catolicismo bastó para legitimar el asesinato. Pero continuemos: "Interrogado que adónde marchó después de haber dejado á dicho cura, responde: que aquél le dijo que le convenía ir á ver á un jesuita para darle conocimiento de su resolución de matar al rey; que el jesuita alabó aquella resolución, diciéndole que era una cosa excelente, con otras frases por el estilo, y exhortándole á que tuxiera buen ánimo y á perseverar, y que le convenía confesarse y tomar comunión; que el referido jesuita le echó su bendición, diciéndole que se encomendase bien á Dios y que Dios le asistiría en su empresa," (1). ¡Qué horrible mezcla de crimen y de devoción! ¡Y qué devoción! ¡Dios invocado para ayudar á cometer un asesinato! ¡El apoyo de Dios prometido al asesino por un ministro de la Iglesia! ¡Hé ahí la moral que se predicaba en el siglo XVI en nombre del Cristo!

Barriere encontró émulos que ambicionaban como él la gloria de Aod y de Judith. *Chatel*, declaró en su interrogatorio que había muerto al rey porque Enrique VI era un tirano y estaba fuera de la Iglesia. Interrogado que dónde había aprendido aquella teología, respondió: en filosofía. Era la filosofía de los jesuitas, con quienes había estudiado (2). *Chatel* erró el golpe, con gran sentimiento de los católicos; y para consolarlos, Boucher escribió aquella sorprendente apología cuya abominable doctrina hemos referido ya. Con la Biblia en la mano, el doctor de la Sorbona prueba que el acto de *Chatel* es justo, porque quería dar muerte á un tirano y á un hereje. Y que no se diga que Enrique IV era rey, y que los reyes son inviolables. *Boncher*, como verdadero hijo de Roma, responde que Enrique no era ya rey desde que la excomunión del papa le había privado de su reino. Y sien-

(1) *Memorias de la Liga*, t. V, p. 434.—*Journal de l'Estoile*, en PETITOT, t. LXVI, p. 514, y t. LXVII, p. 117.

(2) *Memorias de la Liga*, t. VI, p. 135.

do justa la acción de *Chatel*, no hay más remedio que admirarla como el heroísmo de un mártir: "Se necesita, dice el apologista, haber perdido la razón, y todo sentimiento de humanidad, y todo amor á Dios, á la Iglesia y á su patria, para no convenir en que el acto de *Chatel* ha sido un acto generoso, virtuoso y heroico, comparable á los más grandes y más dignos de elogio que se han visto en la antigüedad, tanto en la historia sagrada como en la profana., Boucher no tiene más que un sentimiento, el de que *Chatel* erró el golpe. Los realistas decían que era un favor manifiesto del cielo, y que era necesario ser ateo para dudar de ello. Al contrario, responde nuestro teólogo; "hay que decir que es una demostración, no de favor, sino de ira, no de compasión, sino de la indignación de Dios contra su pueblo; y por lo que hace al tirano, el signo no es de conservación, sino de dilación á mejor coyuntura, á la hora que Dios haya elegido," (1). En esas palabras se encierra una horrible profecía, y no parece sino que Ravallac oyó el voto de *Boucher*. También ese fué impulsado al regicidio por las predicaciones que había oído y por los libros que había leído. El mismo declaró que había muerto al rey, porque Enrique VI hacía preparativos de guerra contra los príncipes católicos y contra el papa, y hacer guerra al papa era hacérsela á Dios, "en cuanto que el papa es Dios y Dios es el papa," (2). Se concibe que los Españoles se regocijasen con la muerte de su enemigo, que quería concluir con la dominación de la Casa de Austria. Pero ¿qué es lo que empujaba al papa Paulo V á ver la mano de Dios en aquel asesinato? (3). ¿Por qué mezclar la Providencia en la ejecución de crímenes? ¿No era eso tanto como aprobar el asesinato y armar la mano de los fanáticos?

Que se reflexione un momento en las consecuencias que se derivan de la doctrina universalmente recibida en el siglo XVI sobre la legitimidad del asesinato religioso. Católicos y protestantes tienen las manos teñidas en la sangre de sus enemigos; aquella sangre no se ha vertido en los campos de batalla, sino por mano de asesinos; y en vez de condenar el asesinato, uno y otro partido le aplau-

(1) BOUCHER, *Apología de J. Chatel*, en las *Memorias de Condé*, t. VI, Parte 3.^a

(2) MARTIN, *Hist. de Francia*, t. XI, p. 11.

(3) RANKE, *Französische Geschichte*, t. II, p. 142: «Deus gentium fecit hoc.»